



Poética

“Agujeros negros” es, sin duda alguna, una muestra representativa de lo tratado en la entrevista con Carlos Sandoval, pertenece al libro Los Terneros, su cuarto libro de cuentos publicado en 2018 por la editorial Páginas de Espuma, y con el permiso de su autor, con su especial atención, lo reproducimos en este número de Universidades.

Rodrigo Blanco, recientemente reconocido en la III Bienal de Novela Mario Vargas Llosa, donde se le otorgó el premio a su novela The Nighth (antes ya reconocida con el premio Rive Gauche à Paris a la mejor novela traducida al francés en 2016) es un autor que, según el escritor Sergio Ramírez, invita a visitar la modernidad literaria latinoamericana.

Agujeros negros

–¿Vamos a ver si pasa la Tetona? –preguntó Rosita.

Los tres llevaban un rato en silencio, apoyados en sus carros, contemplando la avenida.

–No sé, Rosita –le contestó el Gordo.

¿Por qué le dirán «Rosita»? pensó el Nuevo.

–Esto está muerto. Y apenas son las dos de la mañana –dijo Rosita.

El Gordo observó su reloj.

–Es verdad. ¿Tú vienes? –le preguntó el Gordo al Nuevo.

–¿Quién es la Tetona? –dijo el Nuevo.

–Mira, Rosita, el Nuevo no sabe quién es la Tetona.

Rosita se rió.

–Pues si tienes suerte, ya la vas a conocer. La descubrimos tu llave José María y este servidor. Eso sí: es un secreto solo para los de la línea.

El Nuevo dudó.

–¿Qué pasa? –preguntó el Gordo.

–Es que esta noche solo hice dos carreras –dijo el Nuevo.

En realidad pensó en Esteban, que estaba solo en la casa desde el mediodía.

–¿Y eso qué importa? –dijo Rosita.

Rosita y el Gordo, en un movimiento simultáneo de patrulleros nocturnos, quitaron los avisos de «Taxi» y se metieron en sus carros.

–Muévete, pues –le dijo el Gordo.

El Nuevo despertó, se apresuró a quitar el aviso y se metió también en su carro.

Arrancaron sin esperar el cambio del semáforo. La avenida Francisco de Miranda estaba desierta. De vez en cuando pasaba un autobús vacío. No se veía ningún policía.

Atravesaron la avenida y luego bajaron hacia la zona sur de la plaza Francia, dieron la vuelta frente a la torre Británica y volvieron a subir. De nuevo se comieron la luz roja y subieron por la avenida Luis Roche. A la altura del edificio de la Corporación Andina de Fomento había habido un choque y tuvieron que esperar un poco.

–¿Vamos hacia la Cota mil? –le gritó el Nuevo a Rosita desde su ventana.

–Sí, por la Cota –le respondió.

El semáforo se puso en verde y aceleraron.

El Nuevo agarró su celular y marcó el número de la casa. Esteban atendió de inmediato.

–¿Papi? –saludó el Nuevo.

–Mi papá eres tú –dijo Esteban.

El Nuevo sonrió.

–Es verdad. ¿Cómo estás? ¿Qué haces despierto a esta hora?

–Nada –dijo.

Ya había aprendido a identificar el tono de su hijo cuando estaba mintiendo. Además, se escuchaba con claridad el ruido de fondo. Los gemidos.

–¿Cenaste? Te dejé la cena en el horno.

–Sí.

–¿Qué cenaste?

–Pasticho.

–Muy bien. Bueno, yo voy a hacer una última carrera y voy para la casa.

–Ok.

–Apaga esa compu, Esteban. Y anda a dormir.

–Ok.

–Un beso. Te quiero.

–Chao.

La psicóloga le había dicho que aquello era normal. El despertar hormonal, cuando se acercaba la adolescencia, también afectaba a los muchachos como Esteban.

–Puede, eso sí, que sean más desinhibidos –precisó la psicóloga–. Ellos no tienen prejuicios al respecto. Y por eso es que pueden hacerlo tan seguido y en cualquier parte. La clave es no censurarlo, sino hacerle entender que hay lugares y momentos que son, digamos, más adecuados que otros.

La psicóloga tenía unas pecas graciosas en la cara. ¿Las tendría así en todo su cuerpo?

–¿Me entiende? –agregó la psicóloga.

–Disculpe. Sí, señorita, la entiendo –dijo el Nuevo.

Tomaron la Cota mil en dirección hacia el este. Unos minutos después, Rosita se orilló en el hombrillo que había justo antes de la salida de El Marqués. Un árbol camuflaba los carros. El alumbrado público no funcionaba. Eso les brindaba

un mínimo resguardo. El Nuevo bajó de su carro y se frotó los brazos. La idea no parecía gustarle.

–Tranquilo. Aquí tengo esto para el frío –dijo Rosita, empuñando una botella de whisky.

–No es el frío lo que me preocupa –dijo el Nuevo.

–Tranquilo te digo –le insistió, y se abrió la chaqueta. El Nuevo distinguió la cacha de una pistola.

–Aquí donde lo ves, Rosita es teniente asimilado –dijo el Gordo.

Rosita bebió un largo trago de la botella y se la alcanzó.

–No bebo –dijo el Nuevo.

–No me digas que eres evangélico –dijo Rosita, mientras le pasaba la botella al Gordo.

–Verdad que el Nuevo no bebe. José María nos contó, ¿no te acuerdas, Rosita? ¿O tú no estabas? –le dijo el Gordo.

Entonces José María les contó, pensó el Nuevo. ¿Qué les habrá contado? Era su amigo de toda la vida. O, mejor dicho, el único que le quedaba de la época de la infancia. Él, de alguna manera, lo había salvado. Y a él le debía el puesto en la línea de taxis. Pero se le había olvidado que José María hablaba mucho.

–Yo ya me bebí todo lo que me tocaba en esta vida y lo de varias personas más –explicó.

–Ya entiendo –dijo Rosita, y pareció relajarse.

Se quedaron callados unos segundos más.

–¿Qué hacemos aquí? –dijo el Nuevo.

–Esperar a la Tetona, pues. ¿Estás sor-do, Nuevo? Por cierto, Nuevo, ¿cómo es que te llamas tú?

El Nuevo abrió la boca, pero Rosita lo interrumpió.

–¡Ahí viene!

Guardaron silencio y oyeron la turbina de una moto que parecía acercarse a toda velocidad.

–¿Cómo sabes que es ella? –preguntó el Gordo.

–Por el cilindraje –respondió Rosita, señalándose el oído con gesto experto.

Vieron a lo lejos perfilarse una moto, que los alcanzó y los dejó atrás en pocos segundos.

El Nuevo solo alcanzó a ver a alguien completamente vestido de negro, con un casco entre azul y plateado.

–Coño, no era –dijo Rosita, apenado.

–Ya no creo que pase hoy –dijo el Gordo.

Esperaron un rato más y después se fueron.

Cuando llegó a su casa, Esteban ya se había dormido.

Las luces estaban apagadas, pero la computadora se había quedado encendida. El brillo de la pantalla le brindaba al conjunto de la sala un aspecto de agujero negro. En la pantalla, la imagen de una campesina blanca y muy gorda, penetrada por un caballo, se había quedado congelada. El Nuevo movió el mouse, tratando de cerrar las ventanas, pero la computadora estaba colgada.

¿Cómo habrá llegado Esteban a estas páginas?, se preguntó.

Apagó el regulador de voltaje y se fue a dormir.

Dos días después, cuando José María reapareció por la esquina de la plaza Francia que usaban como parada de la línea, este le confirmó la historia. Una noche Rosita se había accidentado en el mismo lugar antes de la salida de la Cota mil que da hacia El Marqués y La Urbina. José María había ido a auxiliarlo. Y cuando estaban colocando los cables de la batería, la vieron pasar a toda mecha.

–Una catirota, con un par de tetas inmensas, que manejaba una moto por la Cota mil.

–¿En pelotas? –preguntó el Nuevo.

–Desnudita –le confirmó José María.

Las noches siguientes, Rosita y José María montaron guardia. Ya habían perdido sus esperanzas, cuando la volvieron a ver.

–Y esa vez bajó un poco la marcha y todo. Era como si se acordara de nosotros. ¿Verdad, Rosita?

–Verdad –dijo Rosita.

–¿Y ustedes qué hicieron? –quiso saber el Nuevo.

–¿Qué íbamos a hacer? Verla. Eso es lo raro. Solo provoca verla y nada más. ¿Verdad, Rosita?

–Verdad –confirmó Rosita.

Ese primer mes como taxista, el Nuevo logró pagar dos cuotas de la computadora y cubrir los gastos de la casa. Ahora tenía agosto y septiembre para reunir el dinero de la matrícula del instituto de Esteban, porque las clases empezaban en octubre.

La psicóloga había insistido:

–Es muy costoso, pero vale la pena. Es el mejor lugar para un niño como Esteban. Teniendo en cuenta, además, todo lo que ha sufrido con la situación de «la familia».

“La familia”, pensó el Nuevo, colocando en el aire las dos palabras, con el mismo cuidado que había tenido la psicóloga al pronunciarlas.

El Nuevo había empezado con turnos de ocho horas. Salía de la casa después del almuerzo o a media tarde y volvía a las once de la noche. A poco de empezar a trabajar había recibido las primeras quejas.

–El niño no hace sino llamar todo el día a su «Mamá Lola» –le dijo la señora Leticia.

La señora Leticia fue quien le informó a José María, un día que este pasó de visita, que la señora Lola estaba hospitalizada desde principios de año y que no encontraban «al vagabundo de su hijo».

José María empezó a averiguar entre algunos conocidos y después de dar vuel-

tas varios días, lo encontró durmiendo en un banquito de la plaza Miranda, en el centro de Caracas, cerca de las oficinas de cedulación y extranjería en las que había trabajado.

—Tu vieja se está muriendo —fue lo único que le dijo José María.

Luego lo llevó a su propia casa. Allí el Nuevo se bañó, comió y se vistió con ropa limpia que José María le prestó.

Al verlo, la señora Lola despertó y soltó unas lágrimas. Las fuerzas le alcanzaron para arrancarle a su hijo la promesa de que iba a enderezar su vida y a cuidar de Esteban. A las pocas horas murió.

Hasta el momento había cumplido su promesa. Acudía tres veces a la semana, bien temprano, a su grupo de rehabilitación; tenía trabajo; iba cada quince días a la consulta de la psicóloga que lo asistía con Esteban. El problema era con quien dejarlo durante el día, al menos hasta que comenzaran las clases, pues la señora Leticia se había negado a volver a cuidarlo.

Fue José María quien le dio la solución.

—Cómprale un celular. Mis chamos se la pasan pegados a esa vaina.

Después de pensarlo, se decidió por una computadora. Instaló el servicio de internet y le enseñó a usarla. A Esteban le gustaban los animales. Entonces le armaba una lista de videos documentales en YouTube, de *National Geographic*, le preparaba la cena, se la guardaba en el horno y luego se iba a la calle.

Así se acabaron los lamentos de su hijo. Aquello lo tranquilizó. No quería problemas con los vecinos. Y además, las veces que lo escuchaba referirse a su propia madre como “Mamá Lola”, se le cruzaban los tiempos y Esteban y él eran hermanos. O eran la misma persona, el mismo huérfano que se excitaba viendo psicólogas fornicando con caballos.

Las jornadas pasaron de ocho a diez horas diarias. Y poco después a no menos de

doce. Fueron semanas en las que llegaba a las dos o tres de la mañana. El dinero extra, que lo acercaba cada vez más al monto necesario para la matrícula, se superponía al cansancio de sus hombros como un edredón hecho de plumas amplias y sabias.

Cuando apareció la Tetona, o al menos su leyenda, las noches y los días del Nuevo terminaron por fundirse en una duermevela constante.

Después de llevar al último cliente, ahora se dedicaba a recorrer Caracas de este a oeste, ida y vuelta, por la Cota mil, esperando cada tanto sentir la vibración lejana de la moto y ver de repente cómo una cabellera rubia progresaba súbita en el espacio pequeño del espejo retrovisor. En ocasiones, buscaba otros parches de sombra de la misma Cota mil, para que los compañeros de la línea no le enturbiaran su primera visión de “ella”.

Sin embargo, el radar de José María volvió a funcionar. Una madrugada detuvo el carro al lado del suyo, en la salida hacia Maripérez y le hizo una seña de que lo siguiera.

El Nuevo encendió el carro y lo siguió. Fueron a una arepera que abría las veinticuatro horas, cerca de plaza Venezuela, al comienzo de la avenida Casanova. José María ordenó dos arepas y dos jugos. Cuando el mesonero trajo el pedido, su amigo lo interpelló:

—¿Qué es lo que te pasa?

Y sin darle tiempo a responder, se lanzó un discurso que se resumía en dos puntos: el primero, que todas las mujeres, en el fondo, eran unas perras. Y la más perra le había tocado a él, porque había que ser demasiado perra para haberlos robado y abandonado así, como Maruja los había robado y abandonado a él y a Esteban. Eso no lo debía olvidar.

José María estaba rojo de la rabia.

Más calmado, pasó al segundo punto de su discurso, que contradecía todo lo

anterior. José María le insistía en que debía pasar la página y buscarse una buena mujer.

El Nuevo se sintió acongojado y luego conmovido por la preocupación de su amigo.

De pronto, pensó que la Tetona había dejado de aparecer justamente cuando él supo de ella. Sin pensarlo, le soltó:

–Tú también te acostaste con Maruja.

Lo dijo como dormido.

–¿Estás tomando otra vez?

José María no parecía alterado.

–Tú inventaste lo de la Tetona.

Y volvió a utilizar el mismo tono neutro.

–No me estás escuchando. Hazme caso: búscate una mujer. Y por favor, olvídete de la Tetona. Vas a terminar robado o en una cuneta con un tiro en la cabeza. O las dos cosas. Piensa en tu chamo.

El Nuevo supo que una de sus dos acusaciones era cierta, pero no sabía cuál. De todas formas, nada de eso importaba ya. José María tenía razón. Tenía que centrarse en el futuro de Esteban. Pasar la página y volver a intentarlo.

José María insistió en pagar la cuenta.

–Gracias –dijo el Nuevo. Y en serio lo agradecía, pero no pudo evitar sentirse peor.

Se despidieron.

Decidió hacer una última carrera. Dejó que José María arrancara primero y luego enfiló hacia los lados de Altamira. Estuvo un rato dando vueltas por el Centro Comercial San Ignacio, a la salida de los pocos bares que todavía estaban abiertos. En la esquina de la bomba de gasolina, una mujer le hizo una seña. Se detuvo, bajó el vidrio del copiloto y encendió la luz interna.

–Buenas noches –dijo.

–Buenas, señor. ¿En cuánto me lleva hasta La Urbina?

–¿A qué parte de La Urbina?

–Calle 15.

El Nuevo simuló hacer un cálculo mental y dijo un precio, pues en verdad no sabía dónde quedaba la calle 15 de La Urbina.

–Ok –dijo la mujer y se sentó en el asiento trasero.

El Nuevo arrancó.

–¿Prefiere que nos vayamos por la autopista o por la Cota? –le preguntó.

–Por la Cota. Para caerle a la avenida Sanz.

–Ok –dijo el Nuevo.

Por la voz y los rápidos gestos que captó, se dio cuenta de que era más joven de lo que le había parecido a primera vista. ¿Qué hacía una muchacha así, tan joven y bonita, sola, parando un taxi en la calle a esa hora?

Echó una mirada furtiva en el espejo.

La muchacha iba tranquila. Se había soltado el cabello y se lo remecía, como si quisiera despertarlo de un profundo letargo. Lo tenía de un color castaño claro, quizás amarillo.

–¿Le molesta si pongo música? –preguntó el Nuevo.

–No, para nada.

La muchacha sonrió.

Mientras rodeaban la plaza La Castellana, el Nuevo fue cambiando las estaciones de radio. Esquivó retazos de bachata, merengue, salsa, vallenato, changa y reggaetón, hasta llegar a una música lenta, como de película vieja, cantada por un hombre con una voz muy gruesa.

–¿Puede subirle? –dijo la muchacha de repente.

El Nuevo se permitió una sonrisa y subió un poco el volumen. Llegaron hasta el semáforo de la avenida Luis Roche, que estaba en rojo.

–¿Le gusta Leonard Cohen? –le preguntó la muchacha.

–¿Quién?

–Lo que está sonando. Es Leonard Cohen. ¿Lo conoce?

El Nuevo dudó un momento.

–No, señorita, no lo conozco.

“Señorita”, repitió para sí mismo, mordiéndose el labio. ¿Qué demonios le pasaba? Recordó a José María.

–Como la puso, pensé que lo conocía.

–No. Solo que prefiero la música así, tranquilita.

La muchacha volvió a sonreír. La canción terminó y le siguieron otras iguales. En todo caso, al Nuevo le parecieron más o menos iguales, pues aquella inesperada burbuja de amabilidad que se había creado en torno a ellos se mantuvo a lo largo del trayecto. Por lo menos, hasta la salida que daba hacia El Marqués y La Urbina. Allí, cerca de donde habían estado Rosita, el Gordo y él esperando a la Tetona, estaba ahora una patrulla de la policía. Los oficiales estaban recostados del carro y al verlo acercarse se pusieron de pie, con una mano en el cinto, mientras con la otra le indicaban que orillara su carro.

El Nuevo apagó la radio, encendió la luz y bajó los vidrios.

Le pidieron sus papeles. El Nuevo se inclinó hacia la guantera.

–Con cuidado –le dijo uno de los policías.

–Tranquilo –dijo el Nuevo.

El policía recibió los papeles y comenzó a revisarlos. El otro policía se asomó al asiento trasero, dirigiéndose a la muchacha.

–¿Todo bien por aquí?

–Sí, señor. Gracias.

Anotaron el número de la placa.

–Todo en orden –le dijo el policía al Nuevo, devolviéndole los papeles.

–Gracias –respondió.

Apagó la luz, encendió la radio y arrancó lentamente. Comenzaron a descender por una larga curva. Cuando de-

jaron atrás la patrulla, la muchacha le preguntó:

–¿Puedo pedirle algo?

El Nuevo bajó el volumen de la radio.

–Diga.

–Quiero quitarme la camisa. ¿Le molesta?

–¿Perdón?

–Que quiero quitarme la camisa. Y sentarme en la ventana. ¿Sería un problema?

–Como usted quiera, señorita.

La muchacha se desprendió de una especie de blazer. Luego comenzó a desabotonarse la camisa. El Nuevo se concentró en el camino. Al llegar al cruce con la avenida Rómulo Gallegos, vio hacia los lados y aceleró hasta alcanzar la avenida Sanz.

Se detuvo en el primer cruce.

–¿Por aquí? –preguntó.

–Sí, a la izquierda. Agarre la subida y siga siempre derechito hasta que yo le diga.

–Ok –dijo el Nuevo, sin atreverse a mirarla por el espejo.

Dobló a la izquierda y tomó la subida. Escuchó a la muchacha bajar la ventana de su costado. Al entroncar la primera curva, por el espejo retrovisor derecho, la vio. Estaba sentada en el marco de la ventana, desnuda de la cintura para arriba, disfrutando del viento que le erizaba la piel y le desordenaba el pelo.

–¡Suba la música! –le gritó.

Sus miradas se encontraron en el espejo. La muchacha era delgada, pero tenía unos pechos grandes, lácteos y hermosos.

El Nuevo subió el volumen y siguió manejando, tratando de mantener en equilibrio aquel milagro.

Las curvas dieron paso a una larga calle en descenso. Cuando esta se terminó, la muchacha volvió a su asiento y comenzó a vestirse.

–A la derecha –le dijo, mientras se ajustaba el sostén.

–Ahora a la izquierda. El edificio está después de ese murito gris –dijo, ya asegurando el último botón.

–Aquí es –anunció después.

El Nuevo se detuvo. La muchacha sacó unos billetes y se los entregó.

–¿Tiene alguna tarjeta?

–No –dijo el Nuevo.

–¿Me puede dar su número? Por si vuelvo a necesitar que me traiga a estas horas.

–Claro. Anote: 0424.

–Ajá.

–0534

–Ajá.

El Nuevo se quedó callado unos segundos.

–0534 –repitió la muchacha.

–67 –dijo.

–¿Cómo se llama usted?

Me llamo el Nuevo, pensó el Nuevo.

–José –dijo al fin.

–Ha sido un caballero, José. Muchas gracias. Que descanse.

Cuando llegó a su casa, ya estaba amaneciendo. Los primeros destellos del sol comenzaban a borrar el agujero negro de la sala. La luz de la pantalla de la computadora titilaba.

Leonard algo, era el nombre del músico, pensó.

Se sentó en la silla y movió el mouse. El equipo abandonó el estado de hibernación. La imagen estaba detenida y mostraba a un negro con una verga de unos treinta centímetros sodomizando a una rubia.

Llevó el cursor hasta el botón de play y lo presionó. Los cuerpos se pusieron de nuevo en movimiento y se escucharon los gemidos.

El negro penetraba a la mujer y cada cierto tiempo retiraba su miembro reluciente, como una lanza, para que la cámara auscultara el diámetro de su invasión en la carne de la rubia.

Uno de las dos respuestas que le había dado era falsa. La muchacha, cuando lo intentara llamar, si es que lo intentaba, se daría cuenta.

José se desabotonó el pantalón, se bajó el cierre y comenzó a masturbarse. Un minuto después acabó dentro de su propia ropa interior. Detuvo el video y fue entonces que escuchó un jadeo a sus espaldas.

Sin voltearse, se acomodó la ropa como pudo. Luego se levantó, le dio a Esteban un beso en la frente y se fue a su cuarto.

Esteban, dando algunos tropiezos, ocupó la silla frente a la computadora. Y volvió a poner en marcha el video.